actualismo de Locke, disocian los conceptos de ser humano y persona, la autora defiende con solidez científica una posición "personalista", inspirada en los estudios de Robert Spaemann, Alfonso Gómez-Lobo y otros, según la cual la continuidad de la persona no viene dada por la continuidad de la autoconciencia (personismo), "sino por la continuidad del organismo humano vivo que se encuentra en el mundo y que los demás pueden identificar como el de una persona determinada".

En un lenguaje que combina la profundidad de la reflexión filosófica con la elegancia de un castellano manejado con maestría periodística, Alejandra Carrasco nos llama la atención -de modo semejante a como hace unos años lo hiciera Hans Jonas- sobre el hecho de que la cultura contemporánea se encuentra ante una encrucijada en la cual sobresale un elemento hasta hace poco desconocido, a saber, la posibilidad de emprender un camino sin retorno. La cultura contemporánea no solamente puede definir el mundo en el que vivirán las generaciones venideras, sino también las personas que formarán esas generaciones.

Ante esta situación, la profesora Carrasco apuesta por una recuperación de la felicidad como causa final de la moral. La autora tiene en mente una felicidad entendida como "serenidad". No es ciertamente la serenidad por negación, sino como "manifestación de la autorrealización, de la actualización ordenada de nuestras potencias, de la plenificación de la persona". Sin embargo, esta autorrealización no es en sí misma el fin último. La autorrealización, la autoposesión, perdería su razón de ser sin la comunión con otras personas, sin otros a quienes amar. Aquí se habla de un amor que no es- como en muchas ocasiones nuestra sociedad nos quiere hacer creer- un mero sentimentalismo, sino un acto propio de la voluntad, una expropiación de uno mismo para unirse a la persona amada. Como decía bellamente Gabriel Marcel, amar a una persona es decirla *tu ne mourra pas* o, en palabras de Alejandra Carrasco, amar a alguien es escribir una *bi-biografía*.

Junto con la afirmación de la persona a la que nos referíamos más arriba, otra de las ideas fuerza de este trabajo es la insistencia en la necesidad de afirmar que, en la discusión de los problemas bioéticos es posible, por un lado, distinguir entre la verdad y el error y, por otro lado, que la razón humana es capaz de realizar esta distinción. Frente al relativismo y emotivismo dominantes, Carrasco apuesta decididamente por lo que ella denomina "diálogo cooperativo" en el cual los interlocutores tienen voluntad de verdad y no se reprochan unos a otros el estar verbalizando emociones subjetivas. Con mirada certera la autora insta a recuperar este ámbito de racionalidad desde el cual discutir las cuestiones bioéticas más candentes. Esta recuperación del "piso" racional común pasa por la argumentación, las refutaciones, la sopesación sosegada de los argumentos y, especialmente, por una "purificación" de las falacias lógicas y de los significados de los términos.

Dentro de este afán por ahondar en las cuestiones que verdaderamente se discuten en los problemas bioéticos, especial mención merecen las páginas que Carrasco dedica al dolor y al sufrimiento. En una sociedad que posterga y aísla a éste en la asepsia de los hospitales, la autora pone de manifiesto cómo muchas veces el dolor "vale la pena". Ciertamente, el dolor no puede ser un fin en sí mismo. Por eso es necesario trascenderlo. Ello tiene lugar mediante el sufrimiento por algo o por alguien. De este modo, el sufrimiento y el "llorar con los que lloran" en que consiste la compasión es algo que apunta más allá de sí mismo. En unas bellas páginas sobre el dolor Alejandra Carrasco invita a integrar a éste en una totalidad de sentido para, así, convertirlo en fuente de paz interior.

La última parte del libro ilustra las ideas anteriores en una detallada discusión de las cuestiones subyacentes a debates bioéticos contemporáneos como los relativos a la píldora del día después, los dilemas éticos sobre los inicios de la vida y la eutanasia.

En resumen, Alejandra Carrasco, en la mejor tradición del ensayo, ha prestado un gran servicio al debate sobre problemas bioéticos actuales. Hoy más que nunca es preciso identificar las cuestiones de fondo que aquí están en juego: la dignidad de la persona, el sentido del sufrimiento, la necesidad de una argumentación racional, etc. Para ello el libro que aquí comentamos es, sin ningún género de dudas, imprescindible.

Adquirir vía Internet en www.ieschile.cl

Mariano Crespo

En las afueras de Jericó

Julián Herranz
Ediciones Rialp
Madrid, 2007
460 págs.

"Recuerdos de los años con san Josemaría y Juan Pablo II" es el subtítulo de este libro. Su autor, el cardenal Julián Herranz, trabajó 22 años cerca de san Josemaría Escrivá (el fundador del Opus Dei) y colaboró casi 27 años con Juan Pablo II como experto canonista, miembro de la Curia romana.

El Concilio Vaticano II es el gran acontecimiento que marca el relato. Herranz lo siguió desde dentro y de fuera, por su carácter, entonces, de joven sacerdote que ejercía como ayudante de estudio de una de las comisiones. Otro tema de fondo es el camino recorrido por el fundador del Opus Dei para alcanzar la solución de la "cuestión jurídica": la transformación de esta institución de Instituto Secular en una Prelatura Personal.

En cuanto al Concilio, el autor presenta un panorama muy amplio sobre las ponencias que se debatían en la Asamblea, la expectación del mundo romano cuando éste fue convocado, los personajes que en él intervinieron, el papel de la prensa y la crisis del post concilio que él califica como una "niebla espesa": "cuando el Espíritu Santo acababa de derramar sobre la Iglesia la luz poderosísima del Vaticano II, gran parte de los miembros de la Iglesia quedaron confundidos, como perdidos en una niebla espesa".

Son capítulos escritos con mucha profundidad, con respeto por las personas y un ánimo de historiador y hombre de fe por llegar al fondo de los conflictos producidos. Todo esto presentado en forma muy amena. Por el libro desfilan grandes personalidades, entre ellas seis Papas, numerosos cardenales, peritos conciliares y obispos de todo el mundo, pero la enumeración de su currículo no obstaculiza la lectura, porque está explicado en el pie de página, aparte del texto. La narración se concentra en los hechos reveladores, la anécdota, la descripción de las personas, todo en un estilo directo y espontáneo.

Escribe, por ejemplo:"Disfruté con el contraste entre Tardini (cardenal Doménico Tardini) y el Padre (San Josemaría Escrivá) que eran muy amigos, a pesar de tener talentos humanos tan dispares. Tardini estaba acostumbrado por las exigencias de su cargo a las sutilidades diplomáticas, y usaba términos suaves y difusos, al modo de esos perfiles inciertos de algunos pintores del Renacimiento italiano, mientras que el Padre era un altoaragonés de pura cepa, que hablaba en prosa castellana, negro sobre blanco, con la fuerza y la expresividad de los cuadros de Goya".

A propósito del cardenal Pericle Felici, el autor reseña un homenaje que se le tributó en Segni, su pueblo natal. Allí el político Andreotti comparó, medio en broma medio en serio, el trabajo de Felici como secretario general del Concilio con la sabiduría de los antiguos romanos frente a los "bárbaros" venidos de fuera.

Entre los personajes reseñados con más detalle están también Carlo Colombo, el "teólogo del Papa Paulo VI"; Julius Dôpfner, uno de los moderadores del Concilio; Angelo DellAcqua, muy amigo de san Josemaría,; Francois Marty, futuro cardenal de París; Willy Onclin, el obispo belga, amigo personal del cardenal Herranz. Y podríamos citar muchos otros. Se puede decir que el autor rescata algo del lado humano en cada una de las figuras que aparecen, en un esfuerzo por presentar la Iglesia desde dentro sin banalizarla.

Muy reveladores son sus recuerdos de san Josemaría, a quien conoció muy de cerca, como hijo espiritual primero y colaborador suyo más tarde. Lo presenta como un gran fundador y a la vez como hombre de Iglesia, que sufría y se alegraba con todo lo que a ella concernía. ("Me duele la Iglesia", solía decir en la intimidad.) Se relatan varios episodios de su vida que no se consignan en las biografías del santo o por lo menos no tan detalladamente. Por ejemplo, las incomprensiones sufridas a propósito de los ministros en los últimos años de Franco. San Josemaría pensaba que no era en modo alguno su misión decretar el camino de acción política para los ministros que pertenecían al Opus Dei. Altas personalidades, como el cardenal Benelli, opinaban que san Josemaría debía aconsejarles a estos que se retirasen del gobierno.

Juan Pablo II aparece desde que era Karol Wojtyla, un joven obispo polaco, que dictó una conferencia en una residencia universitaria de Roma. A propósito de su elección, se ilumina la figura del Cardenal Deskur, su gran amigo, que enfermó gravemente en esos días y a quien el Papa fue a visitar no más ocurrido su nombramiento.

Bajo la sombra y el aliento de Juan Pablo II transcurre la última etapa del otro tema que marca el libro: la erección del Opus Dei en Prelatura Personal. El fundador no alcanzó a verla, aunque trabajó tantos años para conseguirla hasta su muerte inesperada.

Julián Herranz fue uno de los miembros del Opus Dei que participó en la comisión paritaria que preparó el final de este capítulo. También a este propósito relata antecedentes poco conocidos.

En resumen es un libro como de historia de la Iglesia, pero escrito de una manera personalísima. No es "periodístico", aunque sea muy ágil. Más bien podría decirse que es autobiográfico, pero sin restringirse a su persona, sino procurando trazar un perfil de las figuras que ha conocido el autor en medio de una época y un ambiente de interés palpitante.

Adquirir vía Internet en www.rialp.com

Elena Vial

Sabiduría griega y paradoja cristiana

Charles Moeller
Traducción de María Dolores Raich Ullán
Ediciones Encuentro
Madrid, 2008
268 págs.

Hay que alegrarse por la reedición de este libro de Charles Moeller (1912-1986), destacado teólogo belga, que tuvo un importante papel en el Concilio Vaticano II, autor de la monumental *Literatura del siglo XX y cristianismo*, entre otras destacadas obras. El libro ahora reeditado, escrito en 1946, no ha perdido interés ni actualidad, porque el autor compara a autores clásicos griegos y latinos (Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Platón, Cicerón, Virgilio) con escritores clásicos cristianos (Dante, Shakespeare, Racine, Dostoievski), y se fija en sus puntos de vista sobre cuestiones tan universales como el mal, el sufrimiento y la muerte. Moeller parte de su admiración por la cultura clásica greco-latina,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei